

SORIA MESA, Enrique, *Los últimos moriscos. Pervivencias de la población de origen islámico en el reino de Granada (siglos XVII-XVIII)*, Biblioteca de Estudios Moriscos, Valencia, 2014, 294 págs.

Enrique Soria Mesa (Granada, 1967) doctor en Historia por la Universidad de Granada y catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Córdoba ha publicado y editado casi una veintena de libros, una treintena de artículos en revistas especializadas y más de sesenta aportaciones en forma de capítulos de libros, tanto nacionales como internacionales entre los que destacan *Señores y oligarcas. Los señoríos del reino de Granada en la Época Moderna* (1995), *El cambio inmóvil. Transformaciones y permanencias en una élite de poder (Córdoba, siglos XVI-XIX)* (2000) y *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad* (2007). El profesor Soria es un referente internacional de la Historia Social en torno a la nobleza, los señoríos, y particularmente las élites —cristianas viejas, judeoconversas y moriscas—. Gran conocedor, asimismo, del uso que estas élites hicieron de la genealogía como instrumento para afianzar su poder y justificar su status dentro de las sociedades de la Edad Moderna. Ha dirigido numerosos proyectos de investigación así como tesis doctorales y es el director del *Laboratorio de Estudios Judeoconversos* y de la revista *Historia y Genealogía*.

En esta ocasión el autor se plantea contestar una gran pregunta de la historiografía granadina en torno a las élites moriscas: ¿cómo es posible que pese a las expulsiones del reino de Granada de 1570 y la general de España de 1609-1614, la Inquisición granadina descubriera una comunidad de varios centenares de *criptomusulmanes* islamizantes en la Granada de principios del siglo XVIII? y lo que es asimismo sorprendente ¿cómo es posible que esta minoría perseguida y marginada diese muestras de haber alcanzado altas cotas de poder y riqueza? Para responder estas preguntas el profesor Soria se sumerge en el análisis de todas las fuentes documentales disponibles, de las que asimismo es un gran experto, y sigue a decenas de familias —mudéjares y moriscas— desde el siglo XV al XIX.

Tras un primer capítulo introductorio y un segundo dedicado a la necesaria revisión historiográfica, el autor nos va a definir la *Nueva Élite* morisca de donde saldrán los procesados por el Santo Oficio entre 1728-1731. Se trataba de una comunidad de orígenes modestos dentro del colectivo morisco, marcada por prácticas de matrimonios endogámicos hasta finales del siglo XVIII, cuyo elemento económico más característico fue el trato de la seda. La sociedad granadina contó con otros grupos, asimismo, descendientes de musulmanes; junto a esta *Nueva Élite* encontramos otras familias moriscas que se definen por su mayor o menor integración en la sociedad granadina de la Edad Moderna: total y veloz en las antiguas élites colaboracionistas —Granada-Venegas, Belvis, Benajara— y algunas familias en la periferia rural —Mondragón, Bazán, Jimenez

Venegas, Beamonte—, mientras que el grueso de la población morisca, de estatus socioeconómico bajo, se fue integrando poco, y en mayor o menor medida, en la sociedad cristiano-vieja.

Las *Estrategias Familiares* van a dar nombre a un nuevo capítulo que se centra en las principales familias que formaron esta Nueva Élite: Álvarez, Aranda Sotomayor, Almirante, Cazorla, Cuéllar, Enríquez de Lara, Figueroa, Fustero, Luna, Porras y Victoria, entre otras. El autor se sorprende de la total ausencia de monjas entre sus filas, un número bajo —pero sostenido en el tiempo— de sacerdotes, y especialmente algo que define la Nueva Élite, las prácticas endogámicas con la casi total ausencia de matrimonios mixtos entre cristianos nuevos y viejos. Este práctica dará pie al autor para hablar de la Nueva Élite morisca como una *Gran Familia* especialmente en torno a las familias Cuéllar y Almirante, que a veces les llevará a buscar a parientes incluso en reinos lejanos al de Granada.

En el siguiente capítulo *Actividades económicas y niveles de fortuna*, el profesor Soria realiza un aporte muy novedoso en un terreno prácticamente desconocido por los historiadores, la economía del reino y ciudad de Granada en las primeras décadas del siglo XVIII. Las familias moriscas estudiadas tuvieron un papel fundamental en el artesanado y especialmente en el comercio de la seda, motor económico de la ciudad durante toda la Edad Moderna, papel que compartieron con familias de origen judeoconverso. La gran riqueza obtenida por el comercio de la seda, complementada con el arrendamiento de rentas o la cría de ganado —en el caso de los Salido, que llegaron a acumular más de 6.000 cabezas de ganado de todo tipo—, o la lucrativa producción azucarera de la costa, permitió a los moriscos la adquisición de tierras, casas —como la de los Aranda Sotomayor, luego casa de los Pérez de Herrasti y hoy colegio mayor Alsajara—, censos o joyas. Respecto a los niveles de fortuna, Soria es categórico en este apartado: la nueva élite morisca puede competir en este sentido o incluso superar a la élite cristiano vieja de la época; de nuevo los Aranda Sotomayor destacaron en este aspecto.

El libro prosigue con *La posesión de oficios públicos*, donde Enrique Soria arremete con uno de los paradigmas historiográficos de los estudios moriscos, que tienden a asimilar a los moriscos como campesinos o arrieros. Los miembros de las citadas familias ocuparon todo tipo de oficios públicos de mayor o menor prestigio: escribanos, procuradores, regidores, médicos, alcaides de castillos, gobernadores y corregidores, y lo que es en principio paradójico, la existencia de un buen número de clérigos de origen morisco que alcanzaron todo tipo de beneficios, canónjías y otros cargos eclesiásticos. En ambos ámbitos, tanto el civil como el religioso, el autor habla de tradiciones familiares o sagas de moriscos que poseyeron los citados oficios durante generaciones. A la pregunta ¿y dónde queda la Limpieza de Sangre? Enrique Soria dedica un apartado de este capítulo, extrapolando para el caso morisco lo que lleva años estudiado para el judeoconverso, es decir, todo el sistema fue un fraude, ya fuese de tipo testifical

o documental, aportando numerosos ejemplos de falsificaciones llevadas a cabo por moriscos.

El profesor Soria Mesa profundiza en los planteamientos anteriores en el capítulo siguiente titulado *¿Nobles y limpios? La creación de una imagen*. Analiza cómo algunas familias moriscas consiguieron probar ser nobles valiéndose de los mecanismos que el sistema disponía para clanes en imparable ascenso social y político: los pleitos de hidalguía. Una decena de familias indudablemente moriscas alcanzaron el estatus noble por esta vía, con las ya citadas falsedades y el uso de la genealogía como herramienta al servicio del fraude. Otros optaron por hacer valer su condición de descendientes de moriscos colaboracionistas —supuestamente convertidos inmediatamente después de la conquista y de la nobleza nazarí— y no en la conversión general de 1500. Por último no faltaron los que buscaron trocar antepasados reales por nobles castellanos aprovechando la coincidencia de apellidos o incluso hacerlos extranjeros, como el caso de los Hermes y su supuesto origen milanés. De nuevo el autor saca al escenario a los riquísimos Aranda Sotomayor —cuyo apellido morisco era Joha— que se hicieron descender de nobles castellanos y adquirieron oficios por compra, hasta incluso recibir una merced de hábito de Santiago, en cuyo proceso salió a la luz las falsificaciones previas y su linaje descendiente de moriscos pobres.

El siguiente capítulo titulado *Una red protectora* contesta a la pregunta que se planteaba en la introducción ¿cómo consiguieron permanecer estas familias moriscas en Granada durante este largo periodo? El profesor Soria afirma que no pudieron hacerlo sin la protección de los poderosos locales. ¿Cuáles fueron —si existieron— las redes sociales formadas entre cristianos viejos y estas familias moriscas? A partir de los testigos en diferentes pleitos de hidalguía, probanzas de limpieza de sangre, bautismos, casamientos, testamentarias y otros Soria Mesa reconstruye estas redes, redes que se formaron entre ambos grupos, lo que permitió la ocultación de los moriscos. De nuevo los Aranda Sotomayor ilustran la búsqueda y consumación de apoyos cada vez más poderosos. Así entre 1690 y 1723 de unos testigos ligados al mundo de la seda y clérigos de bajo nivel, se pasa a contar con la ayuda de los Morales Santiesteban, regidores granadinos y más tarde los Luna Alarcón, señores de vasallos, los Gavi, poderosos genoveses, o los marqueses de Alhendín, Trujillos Algarinejo, Caicedo, Casablanca, todos ellos encumbrados aristócratas locales.

En *El desastre. La persecución de los islamizantes* el profesor Soria estudia la persecución inquisitorial que llevó a estas familias ante el Santo Oficio entre 1728 y 1731 como resultado de una delación. A lo largo de este proceso 250 moriscos perdieron sus bienes, algunos fueron a la cárcel por una serie de años y otros fueron desterrados, aunque, sorprendentemente, ninguno fue ajusticiado; penas bastante leves si las comparamos con el trato dispensado a los judaizantes del auto de fe de 1715, que no pocos terminaron quemados en la hoguera.

El último capítulo del libro *Tras la tempestad. Exilio, reconstrucción y olvido* sigue el rastro a los islamizantes tras el proceso inquisitorial. Unos pocos huyeron como los Figueroa y los Aranda Sotomayor a Estambul haciendo escala en los puertos de Alicante, Livorno y Esmirna, cargados de tesoros, al parecer. Parece que algunos descendientes pasaron a Túnez donde continuaron practicando el comercio y la industria con éxito. Sin embargo, la mayoría de los procesados continuaron residiendo en el reino de Granada, y partiendo casi de cero recuperaron su nivel económico en pocos años. Mantuvieron la endogamia matrimonial del grupo, lo que a veces les llevó a casar con individuos que residían fuera de la ciudad o del reino. Sobre sus prácticas religiosas, el profesor Soria afirma que en los pocos casos que no se asimilaron a la sociedad cristiano vieja, el Islam que profesaban era muy atenuado, limitado a ciertas prácticas “diluidas”. La mayoría se asimilaron de forma definitiva en las décadas siguientes, algunas llegaron a rozar la nobleza y otras, al menos, consiguieron mercedes de hábitos de caballeros de Carlos III.

Las *Conclusiones* a las que llega el autor son las siguientes: cientos de familias moriscas permanecieron en Granada tras las expulsiones de finales y principios de los siglos XVI y XVII, quedando en el reino totalmente ocultos, donde escaparon de los controles civiles y eclesiásticos hasta 1727. Económicamente destacaron en el trato de la seda, los arrendamientos y el artesanado, alcanzando niveles de fortuna destacados lo que les permitió alcanzar todo tipo de cargos concejiles y eclesiásticos o incluso en la Justicia. Necesitaron de una red de contactos con los poderosos locales cristianos viejos que benefició a ambas comunidades. La endogamia matrimonial practicada por el grupo está relacionada con el mantenimiento de una identidad, la solidaridad y el miedo a que elementos extraños al sistema destaparan la fe islámica que muchos de ellos practicaron secretamente. El Santo Oficio descubrió estas prácticas y algunos miembros abandonaron la ciudad, mientras que otros se integraron completamente —o eso parece— en la masa social cristiana.

El libro termina con los apartados dedicados a los *Apéndices, Fuentes utilizadas y Bibliografía*, echándose de menos unos índices de materias, individuos y lugares pero —como en otras ocasiones— nos tememos que sea una imposición editorial. Un primer apéndice publica una versión actualizada de listado de los 250 islamizantes granadinos procesados entre 1727 y 1729. Un segundo apéndice nos informa de las de las profesiones de los citados, entre las que destacan las relativas a la producción y comercio de la seda. En el apéndice 3 se plasma una comparativa entre las dotes de las damas de la familia morisca Aranda Sotomayor, iguales o superiores a las de la élite cristiano vieja y judeoconversa granadina. Un cuarto apéndice refleja la abrumadora cantidad de moriscos que ocuparon oficios públicos y dignidades pese a la supuesta prohibición del acceso de la minoría morisca a los mismos. Fueron pocos los ámbitos —tanto rurales como urbanos— que escaparon a los descendientes de musulmanes, en teoría expulsos

durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Los apéndices 5 al 9 sacan a la luz documentos a cerca de las pruebas de hidalguía y falsificaciones llevadas a cabo por los moriscos, a los que se unen las denuncias ante la Inquisición practicadas por sus enemigos. El último apéndice —el 10— más extenso que los anteriores desarrolla las genealogías de familias tratadas en menor extensión en el texto como los Alifante, Baños, Belvís, Benajara, Benavides, Buendía, Cavedo, Carrillo, Castellanos, Castillo Pacheco, Chaves, Cobos, Cubillo, Cuéllar, Dávila, Fernández de Aivar, Fernández de Guevara, González Perpíte, Guevara, Gumiel, Jadraque, Jiménez, León, León y Cisneros, Madrid, Marín Alférez, Mendoza, Montalvo, Orejón, Oviedo, Palacios, Partal, Pastrana, Puerta, Rodríguez, Rueda, Ruiz de Mondragón, Salado, Salido, Santiago, Sierra, Talavera, Trencó, Valenzuela, Venegas, Zamora y Zegrí. Finalmente se reflejan las numerosas fuentes utilizadas y la cuantiosa bibliografía consultada.

En definitiva, un libro imprescindible para estudiosos de temas moriscos y de la sociedad española de la Edad Moderna en general, pero también para cualquier aficionado a la historia de ciudad de Granada y de sus habitantes.

*Rafael María Girón Pascual*